

ACTAS DEL III CONGRESO
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
(Salamanca, 3 al 6 de octubre de 1989)

Edición al cuidado de
María Isabel Toro Pascua

Tomo II



SALAMANCA

BIBLIOTECA ESPAÑOLA DEL SIGLO XV
DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA

1994

ISBN: 84-920305-0-X (Obra completa)

ISBN: 84-920305-2-6 (Tomo II)

Depósito Legal: S. 1014-1994

Imprime: Gráficas VARONA
Rúa Mayor, 44. Teléf. 923-263388. Fax 271512
37008 Salamanca

Diálogos interpolados o refundidos en la *Comedia de Calisto y Melibea*

Antonio SÁNCHEZ SÁNCHEZ-SERRANO

Tras las consideraciones finales de la comunicación de María Remedios Prieto, entramos sin más preámbulos en el examen de algunos diálogos de la *Comedia* que muestran huellas evidentes de haber sido «entretallados», es decir, modificados a base de realizar en ellos cortes y nuevas soldaduras que rompen y trastocan su lógica secuencia original.

La primera visita de Celestina a Melibea

El primer caso de los que vamos a analizar se encuentra en el Auto IV, que nos presenta la primera visita de Celestina a Melibea: La heroína, airada por la mención a Calisto de la alcahueta, así como por unas palabras que ésta pronuncia entre dientes y que ella no ha logrado percibir, la increpa de esta manera:

MELIBEA: ¿Qué dices, enemiga? Habla que te pueda oír. ¿Tienes *disculpa* alguna para satisfacer mi *enojo* y excusar tu yerro y *osadía*?

La respuesta adecuada de Celestina a tales palabras es evidentemente la siguiente:

CELESTINA: Tu temor, señora, tiene ocupada mi *disculpa*, mi inocencia me da *osadía*, tu presencia me turba en verla airada, y lo que más siento y me pena es recibir *enojo* sin razón ninguna.

Como vemos, la hábil esgrima dialéctica de Celestina da perfecta réplica a la agresiva pregunta de la muchacha, utilizando las mismas tres palabras clave empleadas por ella: «disculpa», «enojo» y «osadía». Sin embargo, aunque incluida en el texto del auto, esta respuesta de Celestina no es la que sigue a la imprecación de Melibea. Incluso, para mayor desconcierto (porque una pregunta huelga cuando ha sido respondida plenamente con anterioridad), está colocada en el diálogo por delante de ella, si bien no inmediatamente. Y esto no es todo porque, a continuación de las palabras anteriormente transcritas, Celestina añade:

CELESTINA: ...¡Por Dios, señora, *que me dejes concluir mi dicho!* [...] Si pensara, señora, que tan ligero *habías de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas*, no bastara tu licencia para me dar osadía a hablar en cosa que a Calisto ni a otro hombre tocase.

Y es sólo en su tercera intervención, después de esta de Celestina, y precisamente en la siguiente a la imprecación de que parten nuestros razonamientos, cuando Melibea se hace eco de estas otras palabras de la alcahueta al decir:

MELIBEA: ...Responde, *pues dices que no has concluido; ¡quizá pagarás lo pasado!*

Y aquí tropezamos con dos nuevas cuestiones que requieren alguna reflexión: En primer lugar, parece lógico, dada la tensión del diálogo y la ansiedad de Melibea, que la orden: «Responde, pues dices que no has concluido» fuera la respuesta inmediata al «Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dicho» de Celestina.

Por el contrario, el «quizá pagarás lo pasado» de la muchacha debería preceder, en nuestra opinión, a la segunda cláusula de las palabras de Celestina: «Si pensara, señora, que tan ligero habías de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas...».

Concluimos, por tanto, que este diálogo debió tener originalmente una secuencia distinta en el orden de las preguntas y respuestas, que podríamos restaurar parcialmente en la siguiente forma:

MELIBEA: ¿Qué dices, enemiga? Habla que te pueda oír. ¿Tienes *disculpa* alguna para satisfacer mi *enojo* y excusar tu yerro y *osadía*?

CELESTINA: Tu temor, señora, tiene ocupada mi *disculpa*, mi inocencia me da *osadía*, tu presencia me turba en verla airada, y lo que más siento y me pena es recibir *enojo* sin razón ninguna. ¡Por Dios, señora, *que me dejes concluir mi dicho!*

MELIBEA: *Responde, pues dices que no has concluido; ¡quizá pagarás lo pasado!*

CELESTINA: Si pensara, señora, que tan ligero *habías de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas*, no bastara tu licencia para me dar osadía a hablar en cosa que a Calisto ni a otro hombre tocase.

Por supuesto que esta restauración, en la que se prescinde de otros párrafos intercalados en las réplicas, es sólo una conjetura. Pero de lo que no cabe duda es de la íntima relación entre las dos primeras, y esto resulta suficiente para concluir que la secuencia original de preguntas y respuestas ha sido retocada, manipulada, y en definitiva, «entretallada». No es extraño, por consiguiente, que en esta conversación detectara Lida de Malkiel (*La originalidad artística de La Celestina*, pág. 21) una de las interpolaciones (incluidas ya en la *Comedia*) que rompen la ilación del diálogo y que ponemos entre corchetes y en cursiva:

MELIBEA: ¿Qué palabra podías tú querer para ese tal hombre, que a mí bien me estuviese? [*Responde, pues dices que no has concluido; ¡quizá pagarás lo pasado!*]

CELESTINA: Una oración, señora, que le dijeron que sabías de Santa Polonia para el dolor de las muelas [*Asimismo tu cordón, que es fama que ha tocado todas las reliquias que hay en Roma y Jerusalén*], aquel caballero que dije pena y muere de ellas...

Diálogos de Calisto con Sempronio y Pármeno

El segundo ejemplo de entretalladura que hemos podido detectar afecta a los autos I y II. Arranca del largo dicterio contra las mujeres en general (pero inequívocamente referido a Melibea), pronunciado por Sempronio en el Auto I, cuyas réplicas finales son:

CALISTO: ¡Ve! Mientras más me dices y más inconvenientes me pones, más la quiero. No sé qué se es.

SEMPRONIO: No es este juicio para mozos, según veo, que no se saben a razón someter, no se saben administrar. Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fue discípulo.

CALISTO: Y tú, ¿qué sabes? ¿Quién te mostró esto?

SEMPRONIO: ¿Quién? Ellas, que desde que se descubren, así pierden la vergüenza, que todo esto y aún más a los hombres manifiestan. *Ponte pues en la medida de honra*, piensa ser más digno de lo que te reputas, que, cierto, peor extremo es dejarse hombre caer de su merecimiento que ponerse en más alto lugar que debe.

Esta conversación entre amo y criado tiene adecuado remate en las siguientes palabras de un Calisto lógicamente irritado por lo que acaba de escuchar:

CALISTO: ¡Palos querrá este bellaco! Di, mal criado, *¿por qué dices mal de lo que yo adoro?* Y tú, *¿qué sabes de honra?* Dime, ¿qué es amor? ¿En qué consiste buena crianza, que te me vendes por discreto? ¿No sabes que el primer escalón de locura es creerse ser sciente?

No hay ni una sola frase de esta respuesta que no esté perfectamente motivada por el anterior parlamento de Sempronio. Lo más llamativo e incuestionable resulta ser, evidentemente, la necesaria relación entre el «*Ponte pues en la medida de honra*» del criado y la cortante réplica «*Y tú, ¿qué sabes de honra?*», del amo. Puede afirmarse que no existe otra contestación posible por parte de Calisto, y ello bastaría para establecer la inobjetable trabazón entre ambas proposiciones. Pero, además, también las restantes quejas del señor están igualmente justificadas: No cabe duda de que Sempronio ha hablado mal, increíble y desproporcionadamente mal, de «lo que Calisto adora», acusando implícitamente a Melibea ¡nada menos que de «sucia», «hechicera», «alcahueta», «desvergonzada», «lujuriosa», «parlera», etc!¹. Otro consejo impertinente del criado: «*piensa ser más*

¹ SEMPRONIO: ¿Escocióte? Lee los historiales, estudia los filósofos, mira los poetas: llenos están los libros de sus viles y malos ejemplos y de las caídas que llevaron los que en algo, como tú,

digno de lo que te reputas, que, cierto, peor extremo es dejarse hombre caer de su merecimiento...» etc., es lo que origina una nueva pregunta punzante del enamorado: «¿En qué consiste buena crianza, que te me vendes por discreto?». Finalmente, la suficiencia demostrada por Sempronio, al decir: «No es este juicio para mozos, según veo, que no se saben a razón someter, no se saben administrar» queda contrarrestada por otro juicio adverso, en forma de pregunta, que muestra la poca predisposición del amo a tener en cuenta los consejos del criado: «¿No sabes que el primer escalón de locura es creerse ser sciente?».

Sin embargo, esta respuesta de Calisto no corresponde al diálogo del que nos estamos ocupando, sino a otro del Auto II, cuyo interlocutor es Pármeno, en el que éste ni habla mal de Melibea (casi hace más bien lo contrario) ni saca a relucir para nada el tema de la honra, ni se suscita la cuestión del merecimiento o de la buena crianza. La conversación en que se incluye esa airada intervención de Calisto, que en este otro contexto resulta completamente inmotivada, se desarrolla así:

PÁRMENO: Digo, señor, que *irían mejor empleadas tus franquezas en presentes y servicios a Melibea, que no dar dineros a aquella que yo me conozco* y, lo que peor es, hacerte su cautivo [...]

CALISTO: El dicho yo le apruebo, el propósito no entiendo.

PÁRMENO: Señor, porque perderse el otro día el neblí fue causa de tu entrada en la huerta de Melibea a le buscar, la entrada causa de la ver y hablar, la habla engendró amor, el amor parió tu pena, la pena causará perder tu cuerpo y alma y hacienda. Y *lo que más de ello siento es venir a manos de aquella trotaconventos, después de tres veces emplumada*.

CALISTO: ¡Así, Pármeno, di más de eso, que me agrada! Pues mejor me parece cuanto más la desalabas; *cumpla conmigo y emplúmenla la cuarta*. Desentido eres, sin pena hablas. No te duele donde a mí, Pármeno.

PÁRMENO: Señor, más quiero que airado me reprendas, porque te doy enojo, que arrepentido me condenes, porque no te di consejo, pues perdiste el nombre de libre cuando cautivaste tu voluntad.

CALISTO: ¡Palos querrá este bellaco! Di, mal criado, *¿por qué dices mal de lo que yo adoro? Y tú, ¿qué sabes de honra? Díme, ¿qué es amor?, ¿en qué consiste buena*

las reputaron [...] Pero lo dicho y lo que de ellas dijere no te acontezca error de tomarlo en común, que muchas hubo y hay santas y virtuosas y notables, cuya resplandeciente corona quita el general vituperio. Pero de estas otras, ¿quién te contaría sus mentiras, sus tráfgos, sus cambios, su liviandad, sus lagrimillas, sus alteraciones, sus osadías, que todo lo que piensan osan sin deliberar; sus disimulaciones, su lengua, su engaño, su olvido, su desamor, si ingratitud, su inconstancia, su testimoniar, su negar, su revolver, su presunción, su vanagloria, su abatimiento, su locura, su desdén, su soberbia, su sujeción, su parlería, su golosina, su lujuria y suciedad, su miedo, su atrevimiento, sus hechicerías, sus embaimientos, sus escarnios, su deslenguamiento, su desvergüenza, su alcahuetería? Considera qué sesito está debajo de aquellas grandes y delgadas tocas, qué pensamientos so aquellas gorgueras, so aquel fausto, so aquellas largas y autorizantes ropas [...]

CALISTO: ¡*Ve! Mientras más me dices y más inconvenientes me pones, más la quiero. No sé qué se es.*

Como podemos observar por esta respuesta, a Calisto no le cabe ninguna duda de que todas esas expresiones de Sempronio que hemos transcrito y resaltado están referidas a Melibea, lo que nos deja sumidos en el más profundo estupor.

crianza, que te me vendes por discreto? ¿No sabes que el primer escalón de locura es creerse ser sciente?

Como puede comprobarse, esta respuesta está introducida aquí un tanto a la fuerza. No choca demasiado porque la última frase de Pármeno tiene también un ligero tinte de reproche impertinente; pero, examinada más a fondo, se ve que lo único que se justifica con ello es el tono airado de la respuesta, no las palabras en que se materializa. Pármeno le ha hablado de «perder el nombre de libre», mientras que Calisto le replica «Y tú, ¿qué sabes de honra?». Esta pregunta implica la cita expresa y anterior de esta cualidad, cosa que Pármeno no ha hecho en modo alguno.

También carece de razón la otra pregunta fundamental: «¿por qué dices mal de lo que yo adoro?»: En primer lugar, Pármeno no había hecho tal cosa. Como puede comprobarse en la transcripción anterior, sus primeras palabras habían sido: «irían mejor empleadas tus franquezas en presentes y servicios a Melibea...». Por otra parte, aunque más adelante lamenta la entrada en la huerta y el amor engendrado en su amo por la vista de ella, enseguida recalca que lo que más siente es la pena que tal acontecimiento le puede causar y, sobre todo, que haya caído «a manos de aquella trotaconventos, después de tres veces emplumada».

Está claro que Pármeno no habla mal de Melibea, sino de Celestina. ¿Tiene entonces sentido que Calisto le pregunte «¿por qué dices mal de lo que yo adoro?» ¿Es que puede entenderse que Calisto se está refiriendo a la alcahueta en esta réplica, aunque sea hiperbólicamente? Evidentemente no, a pesar de su locura, porque, como hemos visto, momentos antes había dicho respecto a ella: «cumpla conmigo y emplúmenla la cuarta».

Parece indudable, por toda la argumentación presentada, que en el caso que examinamos se han refundido dos conversaciones en una sola; y esto puede tener reflejo y confirmación en otra circunstancia singular: en el hecho de que en una réplica de Sempronio se repita la sentencia «las mujeres y el vino hacen [a] los hombres renegar», atribuida primero a Salomón y después a un rezo de la festividad de San Juan².

La Sra. Lida de Malkiel, que dedica una parte de su extensa obra al estudio de la «geminación» (págs. 265 – 280), constata que los casos de repetición de dichos son bastante numerosos aunque, en general, están pronunciados por personajes distintos y en circunstancias diversas. En el caso que ahora analizamos, tal repetición no sólo corre a cargo del mismo Sempronio, sino que va dirigida a

² SEMPRONIO: ...Oye a *Salomón* do dice que *las mujeres y el vino hacen a los hombres renegar*; aconséjate con *Séneca* y verás en qué las tiene; escucha a *Aristóteles*; mira a *Bernardo*. Gentiles, judíos, cristianos y moros, todos en esta concordia están [...] ¡Qué imperfección, qué albañares debajo de templos pintados! Por ellas es dicho: «arma del diablo, cabeza de pecado, destrucción de paraíso.» ¿No has rezado, en la festividad de San Juan, do dice «*las mujeres y el vino hacen los hombres renegar*», do dice «esta es la mujer, antigua malicia que a Adán echó de los deleites del paraíso; ésta el linaje humano metió en el infierno, a ésta menospreció Elías, profeta», etc.?

CALISTO: Di, pues, ese Adán, ese Salomón, ese David, ese Aristóteles, ese Virgilio, esos que dices, ¿cómo se sometieron a ellas? ¿Soy más que ellos?

un único interlocutor, Calisto, sin que ni siquiera medie la respuesta de éste, por lo que constituye una evidente anomalía. Y hay que estimar que tal error difícilmente puede ser achacado al descuido de un autor que, en el proceso de su «invención», olvidara la referencia hecha pocas líneas antes. Por el contrario, y de acuerdo con la práctica de la «geminación» puesta de manifiesto por Lida de Malkiel, resulta fácil imaginar que tal sentencia podría haber sido utilizada por Pármeneo y por Sempronio en las dos conversaciones distintas aunque paralelas que, como hemos visto, fueron sin duda «entretalladas».

Y, como segunda confirmación, deberemos también resaltar que si en su largo parlamento Sempronio cita a Salomón, a Séneca, a Aristóteles, a Bernardo, a Adán y a Elías, Calisto en su respuesta sólo repite los nombres de tres de ellos: Adán, Salomón y Aristóteles, olvidándose de Séneca, de Bernardo y de Elías. Esto último puede quedar justificado por esa especie de «etc.» constituida por la expresión «esos que dices», con que acaba su referencia a los personajes citados por el criado; pero lo que resulta más difícil de explicar es que nombre también a David y a Virgilio, ignorados en la relación de aquél. ¿Figurarían estas citas en otra réplica eliminada al «entretallar» ambos diálogos? Así lo parece por los demostrativos que en la respuesta del enamorado preceden a cada nombre, indicando su anterior mención por parte del interlocutor: «ese Adán, ese Salomón, ese David, ese Aristóteles, ese Virgilio, esos que dices...»

Las visitas de Celestina a Calisto

La tercera muestra de entretalladura está relacionada con uno de los temas controvertidos de *La Celestina*, pues en ella está implicado ese extenso «himno» de Pármeneo, en el que este criado, en el Auto I, describe la personalidad y las actividades de la alcahueta, cuando ella y Sempronio han llamado ya a la puerta de Calisto y éste ha mostrado ostensiblemente su impaciencia por tenerla ante sí. Veamos la forma en que se presentan los acontecimientos.

SEMPRONIO: Tha, tha, tha.

CALISTO: ¡Pármeneo!

PÁRMENEO: Señor.

CALISTO: ¿No oyes, maldito sordo?

PÁRMENEO: ¿Qué es, señor?

CALISTO: A la puerta llaman ¡Corre!

PÁRMENEO: ¿Quién es?

SEMPRONIO: Abre a mí y a esta dueña.

PÁRMENEO: Señor, Sempronio y una puta vieja alcoholada daban aquellas porradas.

CALISTO: ¡Calla, calla, malvado, que es mi tía! ¡Corre, corre, abre!...

Y, a pesar de esta impaciencia de Calisto, transcurren ¡ciento cincuenta y tres líneas! de la edición de Burgos entre esta apresurada orden de abrir y el momento en que *Celestina* puede decir: «Pasos oigo, acá descenden».

Hay, sin embargo, otro momento, paralelo a éste, a finales del Auto V, en que quedaría plenamente justificada, con todos los requisitos del arte, esta demorada pintura que de la tercera hace el criado, ya que, incluso, es en esta ocasión Pármeno, en vez de Calisto, quien advierte la llegada de Celestina y Sempronio, síntoma evidente de que ahora la impaciencia del amo es mucho menor y estaría, por tanto, mejor predispuesto a escuchar esta larga parrafada. Por otra parte, el autor se ha preocupado ahora de crear el tiempo necesario para que tan amplia descripción pudiera tener lugar sin resultar absurda. He aquí la manera en que Pármeno anuncia la venida de ambos:

PÁRMENO: ¡Señor, señor!

CALISTO: ¿Qué quieres, loco?

PÁRMENO: A Sempronio y a Celestina veo venir *cerca de casa, haciendo paradillas de rato en rato.*

En este caso, la réplica de Calisto, tan impaciente como en el anterior, es inmediatamente obedecida:

CALISTO: ¡Oh desvariado negligente! Veslos venir, ¿no puedes ir corriendo a abrir la puerta? [...] ¡Oh espacioso Pármeno, manos de muerto! Quitá ya esa enojosa aldaba, entrará esa honrada dueña en cuya lengua está mi vida.

Así pues, el cuadro comparativo de ambas situaciones es el siguiente: en el primer caso, cuando Celestina y Sempronio han llamado físicamente a la puerta e incluso se ha oído la voz del criado diciendo a su compañero «Abre a mí y a esta dueña», Calisto consiente que Pármeno se explaye con su famoso «himno». Ahora, cuando solamente están «cerca de casa» y vienen «haciendo paradillas de rato en rato», apremia al criado para que abra con urgencia. La inconsecuencia en ambos casos no puede ser mayor. Además, el propio «himno» de Pármeno ofrece una particularidad muy digna de consideración: Como hemos podido comprobar, al anunciar su llegada, el criado alude a la tercera en términos completamente impersonales:

PÁRMENO: Señor, Sempronio y *una puta vieja alcoholada* daban aquellas porradas.

lo que indica, con toda evidencia, que en las conversaciones entre ambos (aun suponiendo algunas «no representadas») no ha surgido nunca el nombre de la alcahueta y que el proyecto de trato con ella, a través de Sempronio, es absolutamente desconocido a este otro criado. Así lo confirma Calisto en las reflexiones con que amplía la respuesta al anuncio que acabamos de transcribir:

CALISTO: ¡Calla, calla, malvado, que es mi tía! ¡Corre, corre, abre! Siempre lo vi, que por huir hombre de un peligro cae en otro mayor. *Por encubrir yo este hecho de Pármeno*, a quien amor o fidelidad o temor pusieran freno, caí en indignación de ésta, que no tiene menor poder en mi vida que Dios.

Sin embargo, una de las expresiones que, acto seguido, utiliza el criado en su famoso «himno» indica que Calisto ha debido tener ante sí a Celestina, por lo menos una vez, y que Pármeneo ha estado presente en tal entrevista o, por lo menos, tiene conocimiento seguro de ella. Así se deduce de las siguientes palabras:

PÁRMENE: ...y un poquillo de bálsamo tenía ella en una redomilla que guardaba *para aquel rasguño que tiene por las narices*

porque la presentación del sustantivo «rasguño» por un demostrativo, en vez de por un artículo indeterminado, indica la referencia a una circunstancia observada por ambos interlocutores.

Llegamos así, a través del análisis de los textos, a la conclusión de que nos falta una visita anterior y de que la que ahora se nos presenta como primera es en realidad, en su mayor parte, la segunda de la *comedia manuscrita*, aunque los diálogos que la preceden y preparan sean los correspondientes a esa primera visita «escamoteada». Y, naturalmente, el núcleo fundamental de esa entrevista anterior no podía ser otro que una «confesión» de Calisto con Celestina y la propuesta, por parte de ésta, de un plan de acción para remediar los males del enamorado. «Confesión» y respuesta que indudablemente se echan de menos en los estados de la obra que nos han llegado y cuya ausencia sólo puede deberse a una supresión posterior, no a un fallo del autor de los diálogos.